



ACADEMIA DE LAS CIENCIAS
Y LAS ARTES MILITARES

Comunicaciones académicas

La intervención extranjera en la Primera Guerra Carlista y unas cartas

Juan Miguel Teijeiro de la Rosa

Academia de las Ciencias y las Artes Militares
Sección de Historia Militar

1 de febrero de 2025

La intervención extranjera en nuestras contiendas civiles ha sido una constante. Desde la inglesa y portuguesa en nuestra guerra de Independencia (que, no lo olvidemos, fue también una guerra civil), hasta la última de 1936–39 con fuerzas italianas, alemanas, asesores soviéticos y milicias internacionales, la presencia extranjera se ha repetido una y otra vez.

Tal vez menos conocida es la participación de unidades extranjeras durante la Primera Guerra Carlista, esta vez en apoyo de una jovencísima Isabel II frente a su tío don Carlos de Borbón. A ella se refieren algunos curiosos párrafos que aparecen en una serie de cartas fechadas todas en Vitoria y dirigidas por el comisario de guerra don Ambrosio de Cospedal y la Carrera a don José de Palafox, duque de Zaragoza, entre el 28 de diciembre de 1835 y el 5 de febrero de 1836

En ellas el comisario informa al antiguo héroe de los Sitios sobre diversos detalles de las operaciones que se libraban en su distrito alavés.

El 22 de abril de 1834 se había firmado la Cuádruple Alianza entre España, Francia, Inglaterra y el gobierno portugués de doña María II. El objeto principal del convenio,

al menos el formal, se constreñía a asegurar las libertades políticas frente a gobiernos absolutistas, y, en concreto, a asegurar el trono portugués de doña María frente a don Miguel, el hijo de la reina Carlota Joaquina, así como a retirar de los dominios portugueses a don Carlos de Borbón, que disputaba el trono a Isabel II. Para ello se preveía la intervención de tropas españolas en territorio portugués y el apoyo de la marina inglesa, todo lo cual a la postre permitió lograr los objetivos propuestos.

Pero lo que aquí interesa fueron los cuatro artículos adicionales al convenio suscritos pocos meses más tarde, el 18 de agosto del mismo año. Ahora se trataba de mantener en el trono a Isabel II frente a las tropas levantadas por su tío don Carlos. Para ello Inglaterra prometía suministrar al ejército liberal isabelino armas y municiones e, incluso, apoyarlo con su marina si fuera necesario. Por su parte Francia se comprometía a controlar su frontera con España para evitar que por ella los carlistas recibieran refuerzos. Por fin Portugal aseguraba también su cooperación.



Eugene Bellangé. "La partie de loto"

De acuerdo con lo suscrito, la madre de Isabel II, María Cristina, por entonces regente, recibió de inmediato de Inglaterra ayuda económica, al tiempo que este país conformaba un pequeño grupo de voluntarios que habrían de sumarse a las tropas de Isabel. De momento, la Francia de Luis Felipe se limitó a prestar un apoyo diplomático, pero sin mayores compromisos. Sin embargo, todo ello no era suficiente para asegurar la victoria liberal en una primera guerra carlista que se prometía larga y difícil.

Parece que fue Mendizábal quien propuso que una unidad legionaria británica se desplazase a la Península, y sirviese bajo bandera española. Lo cierto es que la propuesta fue aprobada por el gobierno inglés el 10 de junio de 1835. La Legión Británica se formó con voluntarios de muy distinta extracción, mayormente de los estratos más bajos de su país, y tan solo un pequeño porcentaje de sus hombres procedía del ejército regular inglés. Entre julio y octubre de 1835, la legión se formó con 7.800 hombres, ingleses, irlandeses y escoceses, la mayor parte sin formación militar, y muchos con defectos físicos. La mandaba el general Evans con rango de teniente general. Una breve instrucción militar en San Sebastián no pudo evitar que su primer enfrentamiento con las tropas carlistas se saldara con una derrota, tras la que la legión fue trasladada a Vitoria en diciembre de ese año.

Por lo que se refiere a los franceses, su gobierno comenzó enviando una flotilla armada durante aquel verano para proteger el puerto de San Sebastián de un posible bloqueo por parte de los carlistas. Al mismo tiempo, reforzó el control de la frontera pirenaica para evitar la recepción de armas y municiones por estos últimos. Al fin, en agosto una legión francesa mandada por el coronel Bernuelle desembarcó en Cataluña, y participó en diversas escaramuzas con el enemigo.

La primera impresión que estas tropas extranjeras causó entre sus aliados españoles fue más favorable para los franceses que para los británicos. El comisario de guerra Ambrosio de Cospedal lo expresa así en carta del 12 de enero de 1836 dirigida a Palafox: «Mueren de enfermedades seis o siete ingleses diarios. El frío es atroz». Se atribuyeron esas muertes –más de 900 hombres entre fines de 1835 y abril de 1836– a un envenenamiento del pan por agentes carlistas, aunque seguramente lo cierto es que simplemente la masa de que estaba hecho estaba en malas condiciones, y que el estado físico de aquellos hombres no había sido evaluado antes de salir de Inglaterra. Por el contrario, de la legión francesa dice, literalmente:

He visto un sobervio elogio del General Zarco del Valle, que la ha visto en Logroño; y otro de un Coronel que la vio en Aro, que es soberbia, en disciplina, lujo, puntualidad, y decisión: pero sobre todo en la íntima unión y amistad con nuestros soldados. Sobre todo alaba el General Zarco su grande instrucción, y la memoria inseparable que conserban de su Napoleón, y lo que alaban la causa de la libertad que defienden.

Continúa el comisario elogiando a la legión francesa en carta del siguiente 16 de enero:

Desde mi última nada ha ocurrido de particular, mas que la entrada [en Vitoria] de la Legión Francesa. No se equibocó en su elogio el Caballero Zarco del Valle. No sé si mi pasión a los defensores acérrimos de la libertad, o el

considerar en ellos a los bravos discípulos del primero que fue Rey poniéndose el mismo la corona de Francia, o el considerar su agilidad, su aseo, su disciplina, soltura, robusted, estatura y sobre todo el hermoso entusiasmo que electrizó mi corazón al berlos; oír sus cincuenta cornetas, clarines y figles entonar el inno de Riego por una calle tan ancha como la de Alcalá, en columna, arma a discreción con todo el frente de compañía y tan alineados horizontal y verticalmente, como si fuesen metidos en un cajón, confieso que me han hecho esperar prodigios en llegando a batirse; parece que salían de un almacén de ropas.

Es curioso que poco más de veinte años después de terminada la guerra de la Independencia hable así de los soldados franceses y del propio Napoleón. Lo justifica por su «su pasión a los defensores acérrimos de la libertad», y no olvidemos que en aquellos momentos se estaba dilucidando con las armas la posibilidad de una España liberal o de otra que pretendía el regreso al absolutismo.

En cuanto a la legión británica, apunta:

Los Ingleses están en banguardia con los chapelgorris, y ban ocupando todos los Pueblos del frente y flancos de Salbatierra, Guebara y otros puntos (...) Los Franceses quedan para la irresistible reserba de los Españoles acreditados, que desean ir a las manos. Y un poco después: ... la Infantería inglesa está fuera en dibersos cantones, y solo está ya en esta ciudad la reserba compuesta de los Granaderos de la Guardia, la Legión francesa, la Caballería inglesa y el batallón de Castilla. El General en Gefe, el Gefe de la P.M. y el General francés, con el Sr. Ministro de la Guerra están aquí, y he visto muchos caballos dispuestos.

Ese mismo día envía una segunda carta al duque de Zaragoza diciendo:

Salieron en fin, como anuncié a V.E., las tropas todas con el General en Gefe. La Legión Inglesa con unos ochocientos hombres menos, que están en el hospital, y con los buenos, su Caballería y Artillería abanzaron por el camino Real de Salbatierra el Sr. Ebans y los chapelgorris, y entraron en ella el mismo día 16...

El siguiente día escribe a Palafox diciendo entre otras cosas:

Los franceses tubieron el encargo de tomar un punto de flanco. Subió un batallón en masa, arma a discrección, y no se les oía más que "adelante, son nuestros", y sus tiradores treparon al momento sin separarse, ni siquiera un pie uno de otro; ribalizaron en fin con los finos y bizarros Regimientos de Infantería, de modo que el General en Gefe está loco de contento. No tanto los Ingleses, que como gente más floja se rendían a la fatiga y tubieron más pérdidas por lo mismo. Es gente muy joben, el aguardiente, sus raras comidas, y falta de

inteligencia, les hace ser endeble (..) Asombroso ha sido el valor de los Regimientos franceses.

En carta del 22 de enero precisa que los carlistas «hoy han bajado; cogieron en los dos días unos 20 ingleses y los han colgado en Guebara alrededor de las murallas del Castillejo».

Y continúa el siguiente día 25: «Desde que los ingleses han salido a acantonarse fuera de aquí no se mueren tanto». Pero el 30 de enero, después de decir que Espartero se había movido de su acantonamiento y los carlistas se habían internado en los montes, precisaba que «los ingleses bien estropeados se retiraron con este movimiento a esta Ciudad la mayor parte, dejando avanzada a corta distancia uno o dos brigadas».

Finalmente, en la última carta a Palafox que poseemos, ésta del 5 de febrero de 1836, precisa más la situación de la legión británica:

Los Ingleses mueren como de mal epidémico, hoy han caído sobre unos nueve y así diariamente, la enfermedad que les ataca es una especie de entumecimiento de los dedos de los pies, y les sigue a los muslos y progresivamente al vientre y mueren. Los médicos dicen que si no se quita de aquí su Hospital será probable que inficten la Población. Duermen como cerdos en los cuarteles, han vendido las sábanas y mantas, y ahora con el frío queman hasta las camas y edificios, y quedarán muy en brebe desnudos, pues venden todas sus prendas, y hasta las camisas por la décima parte de su valor para verer aguardiente no obstante que les castigan mucho: es gente lo más poco civilizada que he visto, y roban con mucha sutileza el pan y los comestibles de los vendedores.

Puede pensarse en cierta subjetividad en el análisis que hace el comisario de los miembros de ambas legiones, pero sin embargo los datos, suficientemente precisos, nos llevan a pensar que no debió exagerar mucho al describir el estado de la legión inglesa. El ámbito y la forma de reclutamiento de sus miembros, así como el absoluto desconocimiento y la consecuente falta de interés por lo que luchaban, junto con sus costumbres y falta de disciplina, permitían prever el panorama que Cospedal describe.

El profesor Bullón de Mendoza nos informa que la legión británica, ya con solo 4.500 efectivos útiles, tomó en el mayo siguiente el puerto de Pasajes, permitiendo así el desembarco de un destacamento de artillería de Marina, y participando luego en las conquistas de Hernani, Oyarzun, Irán y Fuenterrabía, haciendo 800 prisioneros. En mayo de 1837 su general Evans declinó su mando, aconsejando a sus hombres que se incorporaran a una nueva legión que se estaba comenzando a organizar mandada por el coronel O'Connell. Esta nueva legión, con tan solo 1.746

efectivos, permaneció en campaña hasta el 10 de diciembre de 1837, fecha en que su coronel la disolvió, alegando que el Gobierno español no atendía a sus compromisos. Con una parte de sus hombres se formó una brigada de artillería y lanceros que, con el nombre de *British Brigade*, permaneció en activo hasta el fin de la guerra, si bien con un número muy escueto de efectivos.

En cuanto a la legión francesa vivió siempre pendiente de las indecisiones del Gobierno francés de cara al incremento de sus efectivos. En enero de 1837 participó en la batalla de Arlabán y en la ocupación de la línea de Pamplona. Una iniciativa de integrar en ella dos escuadrones de lanceros polacos se vio dificultada por la falta de fondos para sus atenciones. La ausencia de medidas para ampliar sus efectivos mediante nuevos reclutamientos había dado lugar a la dimisión de su jefe Bernelle, y luego a la de su sucesor Lebeau en noviembre de 1836. Para entonces sufría de graves carencias, lo que dio lugar a movimientos de indisciplina y a un conato de motín. Se incrementaron en su seno las bajas y deserciones —algunas hacia el ejército enemigo—, sin que pudieran ser cubiertas. Reducida en los primeros meses de 1837 a tres batallones, aún participó en las batallas de Huesca y Barbastro, donde fueron prácticamente aniquilados. Sin poder cubrir sus bajas a pesar de los esfuerzos diplomáticos del Gobierno español, sus restos fueron licenciados en diciembre de 1838.

En cumplimiento de los acuerdos de la Cuádruple Alianza, una división auxiliar portuguesa penetró en suelo español y ,en febrero de 1836, una de sus brigadas se incorporó al frente del Norte, en Vitoria, aunque como cuerpo de reserva, y solo entrando en acción como último extremo en caso de absoluta necesidad. Pero, en agosto de ese año, esta brigada se insurreccionó incorporándose a la facción carlista, con lo que cabe decir que en la práctica el apoyo portugués careció de eficacia. Posteriormente, solo cabe hacer mención de una concentración de tropas portuguesas en noviembre de 1837 en la frontera de Badajoz como advertencia a las tropas carlistas, y una colaboración en 1838 con el ejército gallego en persecución de un pequeño núcleo de tropas carlistas. ■

Nota: Las ideas y opiniones contenidas en este documento son de responsabilidad del autor, sin que reflejen, necesariamente, el pensamiento de la Academia de las Ciencias y las Artes Militares.

© Academia de las Ciencias y las Artes Militares - 2025